

La democracia editada: 25 años de periodismo y democracia en Argentina

Fernando Ruiz ✪

1983-2008

Resumen

Durante los veinticinco años transcurridos de régimen político democrático en Argentina, el periodismo de la ciudad de Buenos Aires ha ido desempeñando roles políticos diferentes. En este artículo se pretende ofrecer un esquema que sirva para interpretar la cambiante ubicación que existe en las democracias, del ejercicio de esta profesión.

Palabras clave: Periodismo; democracia; Argentina.

Abstract

In the past twenty five years of democratic political regimen in Argentina, journalism in Buenos Aires city has had different political roles. In this article we offer a model that can help explain the changing role of journalism as a profession in democracy.

Keywords: Journalism; democracy; Argentina.

Résumé

Au cours des 25 dernières années de régime démocratique en Argentine, le journalisme de Buenos Aires a joué des rôles différents qui permettent d'analyser les changements survenus dans l'exercice de cette profession.

Mots clés: journalisme ; démocratie ; Argentina

Recibido : 29/02/2008

Aprobado : 21/04/2008

El periodismo forma parte de las instituciones medulares de cualquier régimen político, y encuentra un despliegue y desarrollo especialmente central en los regímenes políticos democráticos (Cook, 1997).

De hecho, en los debates políticos siempre ha sido un tema recurrente la cuestión de la ubicación del periodismo en el régimen político. Los medios no son actores recién llegados a la política, como algunos parecen creer, sino que están en el mismo inicio de las prácticas democráticas. De hecho, el origen de las prácticas democráticas remite al surgimiento y creciente importancia del periodismo en el espacio público (Habermas, 2005; Schudson, 1998). Desde entonces, esta institución está en el centro del escenario, aunque no siempre con la misma visibilidad.

Los regímenes políticos suelen ser equilibrios en continuo movimiento, por más que a veces parezcan petrificados. Las distintas instituciones y fuerzas políticas van reacomodándose en forma constante y cambiando su ubicación, su rol, su incidencia en la marcha de la política general. Eso ocurre con el Congreso, los partidos políticos, el Poder Judicial y también con el periodismo.

Basta ver cómo se producen en Estados Unidos las oleadas más intensas de periodismo de investigación, como fueron los casos de los 'buscadores de basura' (muckrakers) de fines del siglo XIX y principios del XX, o los inicios de la década del setenta con los emblemáticos casos de los Papeles del Pentágono y Watergate. También en ese país ha habido repliegues de los medios y cierta contención informativa en otras etapas, en gran medida para evitar ser percibidos por su público como demasiado "destructivos" para su régimen político. Ese es siempre un segundo equilibrio que la gran prensa debe sostener, y que también cambia en forma constante: su relación con la audiencia. Durante la guerra fría, la prensa de Estados Unidos fue también una eficaz administradora de las noticias en varias crisis importantes y también tuvo una actitud poco autónoma durante los momentos previos a la invasión a Iraq en el 2003, que luego la propia gran prensa se cuestionó.

En este trabajo intentaremos bosquejar cual fue el itinerario político principal del periodismo de la ciudad de Buenos Aires en estos últimos veinticinco años. Este periodismo suele ser calificado como “periodismo nacional” por estar ubicado en la ciudad que concentra la casi totalidad del poder político, económico y social, pero esa expresión de “nacional” es parte también de esa abusiva sobre representación.

El periodismo de seguridad nacional: “Supimos callar...”

América Latina se pobló de dictaduras de seguridad nacional durante los años sesenta y setenta de siglo pasado. En 1976 había unas treinta democracias en el mundo y solo tres en América Latina (Colombia, Venezuela y Costa Rica). Había una tradición democrática débil y eso se expresaba en que las dos grandes tradiciones ideológicas, como fueron el liberalismo y el socialismo, descalificaron y subestimaron las prácticas democráticas como formalidades.

En el contexto de la guerra fría, los grandes medios de comunicación argentinos se referían a la defensa del “espíritu de Occidente” o del “estilo de vida” argentino, pero sin valorar en la misma forma al régimen democrático. Este era visto como un sistema político débil para contener la amenaza de la revolución socialista, como una forma de gobierno que recién podía intentarse seriamente cuando las amenazas más urgentes hubieran sido despejadas. Por lo tanto, el camino para llegar a la democracia verdadera era triturar la democracia realmente existente. Las corrientes ideológicas y tradiciones políticas principales coincidieron en esa letal consigna y así las democracias reales cayeron sin casi ninguna defensa.

A la era de las dictaduras de seguridad nacional, les correspondió un periodismo de seguridad nacional. Durante estos años, los grandes medios de comunicación argentinos se integraron en gran medida a las estructuras de la defensa nacional frente a una percibida “agresión” interna y externa (Ruiz, 2003). Una buena definición de este ‘periodismo de seguridad nacional’ la da Waisbord, al referirse al periodismo latinoamericano bajo estas dictaduras militares: “cuando el interés nacional era amenazado, los editoriales solían justificar que era necesario cerrar

filas y evitar las críticas. La muy exaltada misión de perro guardián se relegaba en nombre de la unidad nacional" (Waisbord, 1996). El periodismo de seguridad nacional promovió el silencio sobre asuntos públicos clave, algo que contrariaba frontalmente los estándares profesionales básicos del periodismo que declamaba respetar.

El presidente militar Jorge Rafael Videla se dirigió a la prensa diciendo:

Es menester que quién informe goce de entera libertad (...) Lo esencial es formar opinión con valor y para decir todo lo que haya que decir, sin callar nada y sin faltar a la verdad. Pero a veces es indispensable callar y mantener un prudente silencio, cuando está en juego el bienestar común (*La Nación*, 19).

El periodismo argentino tenía una fuerte afinidad discursiva con el periodismo anglosajón, pero en las prácticas profesionales la divergencia era inmensa. En la medida en que la percepción de la audiencia se volvía más alejada de esta como una ciudadanía informada y racional, crecía la actitud autoritaria y censora en la gestión de las noticias.

La prensa argentina toleraba las prácticas autoritarias de la dictadura, pero solía ser crítica con un discurso público que legitimara abiertamente ese autoritarismo. Este fue el caso del general Ramón Díaz Bessone, ministro de Planeamiento del presidente Videla, quién impulsó una reforma de la Constitución que el diario *La Nación* rechazó de plano de sus editoriales, como había hecho ese mismo diario en otras oportunidades en los que regímenes militares querían alterar la Constitución de 1853 (Sidicaro, 1993). En especial, los diarios liberales (como *La Nación* o *La Prensa*) solían anatemizar cualquier declaración militar que pusiera en duda la legitimidad teórica de las instituciones republicanas. Del mismo modo ocurría si algún sector militar quería iniciar una reforma constitucional o generar algún tipo de representación corporativa.

El consenso al cual llegaron las distintas posiciones editoriales de los principales diarios consistió en plantear una reforma profunda y autoritaria de nuestro sistema político para reiniciar el camino hacia la restauración democrática, luego del caos al que había llegado el país en 1976. El peronismo era entendido como una corriente política, social

y económica que bloqueaba la evolución del país y por lo tanto inducía hacia un abismo que podía eventualmente derivar hacia algún tipo de revolución socialista. En aquellos años, el temor a que un régimen autoritario socialista se instalara en el país era real. En Francia e Italia el comunismo electoral crecía, mientras que durante 1975 Vietnam, Camboya y Laos se convirtieron en países comunistas. No es posible entender esta oleada de dictaduras en la región sin percibir que la difusión del anti-comunismo tenía raíces reales.

En ese contexto, la gran prensa legitimaba la lucha del gobierno contra las guerrillas, desplegando una generosa "responsabilidad" especial en su cobertura de los asuntos públicos más sensibles. Como se cita en el Informe de la Comisión de Libertad de Prensa, reunida en Buenos Aires, de marzo de 1977 de ADEPA (Asociación de Entidades Periódicas Argentinas): "sabemos que hay que asumir la responsabilidad que cuadra a todas las publicaciones del país para lograr la paz social y el respeto de nuestras leyes". Más adelante se dice: "este gobierno firmemente intenta salvar y afianzar nuestras libertades, nuestro estilo argentino de vida y el imperio de la Constitución Nacional, a fin de asegurar la posterior instauración de una auténtica democracia republicana, representativa y federal, como finalidad nacional del proceso puesto en marcha". Y agregó: "supimos callar en homenaje a la paz de la República, comprometida por el anterior desacierto político y la guerrilla despiadada y cruenta, ahora desarticulada gracias al intenso accionar de las Fuerzas Armadas y de seguridad".

El periodismo en la televisión y en la radio también tuvo similar actitud. Todos los canales de televisión estaban en manos del estado y fueron distribuidos entre diversas fuerzas militares (Ulanovsky, 1995; Ulanovsky, Itkin y Sirvén, 1999; Sirvén, 1988). En la industria de la radio había más gestión privada pero también respetaron los límites puestos por el régimen y, sobre el final de la dictadura, hubo asignaciones de licencias a grupos que aseguraban al gobierno militar que se mantendría esa actitud oficialista.

En la prensa gráfica comenzaron a surgir espacios que intentaban discutir los límites de esa actitud "responsable". El nuevo diario *Tiempo Argentino*, las revistas *Humor* o *La Semana*, o el suplemento "Cultura y Nación" del diario *Clarín*, fueron alguno de estos lugares donde iba

naciendo la agenda de la post-dictadura. Entre los resquicios de la etapa descendente de la dictadura comenzó a cocinarse un nuevo periodismo.

El periodismo de seguridad democrática, 1983-1991: “trabajar contenido...”

La enorme violencia que vivió el país en los años setenta llevó a la mayoría de las tradiciones y fuerzas políticas a revalorizar las prácticas de la llamada democracia formal. Tras la derrota del gobierno militar en la Guerra de Malvinas, ese creciente consenso fue el que impulsó la llegada del primer gobierno democrático el 10 de diciembre de 1983.

La gran prensa argentina participó de ese nuevo consenso, con diferentes matices. Venció la Unión Cívica Radical, liderada por Raúl Alfonsín, con un programa que estaba asociado sobre todo a la recuperación de la convivencia pacífica. Pero se percibía que era un gobierno débil que asumía en un momento en que el país vivía una crisis económica profunda dado que, además de una serie de pesadillas locales, se había desatado la poderosa crisis de la deuda externa latinoamericana en el año 1982.

Y un gobierno débil frente a una situación de crisis tan severa podía poner en riesgo otra vez la recién recuperada democracia. Por lo tanto, los grandes medios transformaron el periodismo de seguridad nacional que habían practicado durante las dos décadas previas en un periodismo de seguridad democrática. El “supimos callar...” que se aplicó a la violencia represiva en los años de la última dictadura se aplicaría a todos aquellos temas que pudieran debilitar seriamente al nuevo gobierno democrático.

El periodismo de seguridad democrática consiste en la instalación de un criterio de noticiabilidad que teme enfatizar hechos de gravedad institucional, que puedan complicar demasiado a un gobierno del cual existe la percepción de que de él depende en gran medida la estabilidad democrática. El periodismo percibe que el régimen democrático no está asegurado, que está en proceso de consolidación y entonces, a pesar de su mandato profesional de investigar la verdad –en especial si son cuestiones de gravedad institucional–, no investiga, modera o direc-

tamente oculta, cuestiones que evidentemente serían noticiables por su trascendencia pública. Este periodismo de seguridad democrática coincide con su antecesor –el periodismo de seguridad nacional– en su actitud de restringir por razones políticas el criterio de noticiabilidad. “Cada vez que el gobierno, el presidente o algún funcionario importante recibían una crítica periodística, la respuesta oficial alegaba que no era el momento oportuno para hacerla porque la democracia era muy precaria”, escribió sobre el periodo alfonsinista Carlos Ulanovsky en su historia sobre la prensa gráfica. El principal columnista político de *Clarín* en aquel momento, Joaquín Morales Solá, expresó que “él y muchos otros periodistas trabajaban muy contenidos porque recibían del gobierno el mensaje de la extrema fragilidad del sistema democrático” (Ulanovsky, 1997). Sobre este período, un sociólogo y periodista afirmó que “aquellos primeros años de la frágil democracia argentina, ‘vigilada’ por la amenaza castrense, imponían prudencia en el accionar de los medios” (Zukernik, 2002).

Los dos grandes enemigos de la democracia argentina en los ochenta eran la situación económica y la situación militar. La tendencia a la hiperinflación y los levantamientos militares fueron las dos espadas de Damocles constantes sobre el primer gobierno democrático argentino. Una historia de medio siglo de fracasos en la consolidación de un régimen político inclusivo y tolerante permitía alguna legitimidad a pronósticos pesimistas. Frente a este escenario, la gran prensa administraba la información. Evitaba revelar los rasgos más opacos de la corrupción o la ineficiencia gubernamental. No había que complicar demasiado a un gobierno de cuyo futuro parecía atado la estabilidad política.

De los cuatro canales de televisión nacionales, tres estaban en manos del estado. El gobierno radical distribuyó entre distintos sectores de su partido el control de los canales por lo que tampoco la televisión impulsó iniciativas informativas que pudieran perturbar demasiado. El canal nacional que era privado, el canal 9, dedicó su programación en mayor medida a la ficción y a un periodismo de sucesos. Recién sobre el final de la década, comenzaron a surgir algunas expresiones periodísticas. Un canal con una señal de menor alcance, el *Canal 2*, comenzó posteriormente a introducir una agenda periodística más crítica (Ulanovsky, Itkin y Sirven, 1999). La radio fue un espacio de mayor libertad informativa. Su propia naturaleza y cierta marginalidad en el

sistema de medios que adquirió frente a la centralidad de la televisión, hizo que los controles sobre ella fueran menores.

El periodismo de seguridad democrática pudo haber sido una actitud de los grandes medios argentinos, pero no de la totalidad del sistema informativo. Dado el real proceso de ampliación de las libertades ocurrido desde 1981, acentuado por la derrota militar en la Guerra de Malvinas en abril de 1982, y disparado por la elección libre y abierta de 1983, los medios comenzaron a pluralizarse. A su vez, también se pluralizaron las voces públicas, es decir, la cantidad de grupos y sectores sociales que se expresaban en el espacio público. Por lo tanto esa pluralización de medios de comunicación y de voces públicas fue llevando durante todo el período democrático a una situación donde el control sobre el discurso público fue menos hegemónico, que lo que había sido durante los años previos. Desde la derecha del gobierno, por ejemplo, diarios como *La Prensa* o *Ámbito Financiero* o el programa de televisión *Tiempo Nuevo* fueron especialmente críticos. Así crecieron nuevos medios alejados de los consensos que expresaba la gran prensa. En especial, surgieron publicaciones y algunos programas de radio o televisión aislados con fuerte contenido ideológico, tanto por derecha como por izquierda, que realizaban críticas durísimas al gobierno de la Unión Cívica Radical al que la gran prensa protegía. Y además crecía el pluralismo intra-medios, y por lo tanto se podían encontrar voces diferentes en la entraña del mismo medio de comunicación (Filgueira y Nohlen, 1994)

Pero, a pesar de esa cooperación periodística, el gobierno radical tuvo que adelantar unos meses la entrega del mando por una furibunda crisis hiperinflacionaria que disolvió prácticamente el poco poder político que le restaba. El peronista Carlos Saúl Menem asumió la presidencia, tras ganar la elección de mayo de 1989. Menem cambiaría drásticamente la situación nacional y también al periodismo.

El periodismo de cuarto poder, 1991-2001: “echar sal en la herida...”

Durante los dos primeros años de su mandato, el presidente Menem logró despejar las dos incógnitas más peligrosas para la continuidad

democrática. Los levantamientos militares terminaron cuando Menem reprimió con dureza el ocurrido en 1990, que fue liderado por el coronel Mohamed Seineldin. Enseguida, la amenaza de la nueva hiperinflación fue despejada con el lanzamiento del Plan de Convertibilidad a principios de 1991, que estabilizó de modo creíble las expectativas económicas y terminó de raíz con el peligro de la hiperinflación.

De ese modo, desaparecieron los dos grandes peligros que mantenían contenido a los grandes medios argentinos. Los medios comenzaron a sentirse más libres. Y los editores y gerentes de noticias comenzaron a afilar su agenda.

Pero los grandes medios venían de una rutina histórica de administrar las noticias. Todavía se habituaba que los periodistas escribieron informes para el conocimiento de los editores y no para su publicación. En las redacciones todavía se ejercía un control importante. Tuvo que ser un medio de comunicación nuevo, sin la carga de esa inercia histórica, el que iniciara la nueva etapa. Fue el diario *Página 12*, creado en 1987, el que destapó el caso de corrupción que inició la década del llamado 'periodismo de cuarto poder'.

En enero de 1991, con la revelación de un pedido de soborno a una empresa de Estados Unidos por parte de funcionarios del gobierno nacional, que se denominó el caso Swiftgate, por el nombre de la empresa afectada, terminó el periodismo de seguridad democrática. En ese momento, comenzó una nueva era profesional donde el periodismo no temía investigar a fondos los asuntos públicos. A partir de allí, la irrupción y generalización del periodismo de investigación se vio como uno de los principales beneficios que el periodismo le debía a la calidad democrática. Si el gobierno era herido por la investigación periodística, bien merecido se lo tenía, y eso en nada afectaría la continuidad democrática. Precisamente quién destapó el Swiftgate, el periodista de *Página 12*, Horacio Verbitsky, escribió en 1991 en el prólogo del libro periodístico más importante de la época: "Si la sucesión de gobiernos elegidos por el voto no parece amenazada, está en cuestión el modo en que ejercen el poder" (Verbitsky, 1991). En varios pasajes de este libro se refleja la demora de diarios como *La Nación* o *Clarín* en profundizar en un primer momento la investigación periodística sobre cuestiones de gravedad institucional, pero en poco

tiempo comenzarían a incursionar también en ese camino. Esa nueva actitud coincidió con una mejora general de la situación económica de la industria de los medios, durante el primer lustro de los noventa, y eso fortaleció el ciclo de modernización profesional. La investigación sobre la corrupción se convirtió en la más prestigiosa actividad dentro de la profesión periodística.

La creciente competencia en el mercado de los medios también fue promoviendo que la investigación, la rebeldía frente al poder, la independencia, se convirtiera en argumentos de marketing. Ya no eran los más idealistas de las redacciones los que impulsaban las prácticas críticas, sino los gerentes de marketing.

El periodismo asumió su función de cuarto poder, de control horizontal, que fue creciendo en la medida que se difundía también la percepción de que el Poder Judicial y los otros organismos de contralor no cumplían su rol en la medida de lo deseado. Fue relevante desde el punto de vista institucional que el periodismo asumiera ese rol, después de superar una telaraña de razones que, durante décadas bloqueó con un "discurso sobre la responsabilidad" siempre difuso que retrasaba el momento de un mayor ejercicio de periodismo libre. Esta nueva actitud, que siempre había declamado pero que apenas había practicado, entusiasmó a muchos profesionales, y también contribuyó a engrosar de aspirantes a las escuelas y academias de periodismo. En 1997, Verbitsky definió así al periodismo:

Criticar todo y a todos. Echar sal en la herida y guijarros en el zapato. Ver y decir el lado malo de cada cosa, que del lado bueno se encarga la oficina de prensa, de la neutralidad los suizos, del justo medio los filósofos y de la justicia los jueces. Y si no se encargan, ¿qué culpa tiene el periodismo? (Verbitsky, 1991)

En el interior de la profesión periodística hubo dudas sobre el rol crítico que estaba cumpliendo en la década del noventa, pues muchos de los periodistas consideraban que estaban ingresando en el terreno propio de otras instituciones. Hubo cierta división en el interior de la profesión entre quienes consideraban que ese rol cuestionador profundo era provisorio hasta que otras instituciones, como el Poder Legislativo y el Poder Judicial, comenzaran a realizar cabalmente su

función, y quienes consideraban que no era un rol de emergencia sino un rol permanente de un buen periodismo profesional y moderno. En un estudio sobre la profesión periodística en 1997 se trazó un perfil de un periodista argentino típico:

La función crítica, argumenta, es coyuntural, por lo tanto no es un papel. Mientras que la sociedad siga percibiendo a las instituciones como organismos inoperantes rodeados de un manto de descrédito y sospecha, será la misma sociedad la que habilite y hasta allane el camino para que el periodismo las reemplace, ejerciendo así los hombres de la prensa una función, un papel, absolutamente temporario y 'prestado' (Barros, 1997).

Pero cuando una nueva crisis argentina comenzó a mostrar su sombra, otra vez volvieron a aflorar razones que comenzaron a enfriar los criterios editoriales. El ciclo de modernización periodística que había comenzado durante la década del noventa, tras la tremenda crisis económica de 1989, estaba ya agonizando y se iniciaba la reversión de la ola profesionalizadora. El cierre del diario *Perfil* el 31 de julio de 1998 puede marcar una fecha símbolo del comienzo de la reversión del ciclo modernizador. Fue un diario que se lanzó con gran preparación y cuyo ideario parecía sintetizar el nuevo periodismo que había despuntado en los años noventa. Pero el diario fue cerrado en menos de tres meses. El buen periodismo parece que no pagaba todo lo que se esperaba de él, y se fueron diluyendo los impactos beneficiosos sobre la competencia que esa iniciativa había traído al mercado de diarios (Ruiz, 1999).

Para vencer a Menem era necesario construir una alianza de los opositores, y el periodismo contribuyó en gran medida a facilitar esa tarea política (Zukernik, 2002: 22). Como siempre, existe cierta difusión de la "noticia deseada" (Wiñazki, 2004) y había un amplio sector de la población que esperaba que la oposición finalmente confluyera. Aquí también se puede haber construido cierta forma de "periodismo de seguridad de la oposición", que tiene largas raíces en el periodismo argentino pero también en el periodismo mundial. La idea central es que la esperanza no se investiga. Aquella fuerza política que es vista con potencial para terminar con un gobierno al que una gran parte

de la población rechaza tiene un plus periodístico. A los periodistas y editores, en general, les costará un poco más investigar y editar periodismo que afecte seriamente esa nueva esperanza. Por eso, las pocas investigaciones que se hicieron sobre la conformación de la Alianza no recibieron demasiada difusión, o fueron muy cuestionadas.

Periodismo de seguridad económica, 2000-2001

A fines de 1999 asumió el presidente Fernando de la Rúa, como candidato de una alianza de diversos partidos que se habían opuesto al menemismo. A los pocos meses, ese gobierno comenzó a exhibir una peligrosa debilidad estructural.

La recesión argentina se estaba estirando demasiado en el tiempo y las expectativas económicas comenzaron a deteriorarse en forma notable. La Alianza gobernante se fracturó. Los mercados internacionales estaban funcionando como una bola de demolición y el edificio político argentino estaba cada vez más débil.

En ese contexto, los grandes medios argentinos percibieron que la economía requería un blindaje informativo especial. La consigna principal era que el plan de convertibilidad debía ser mantenido, pues era entendido como un dique para no retornar al pasado económico argentino de hiperinflaciones recurrentes. La inflación era un fantasma que había asolado el país durante décadas y recién con ese plan se había podido derrotar en forma convincente. Por lo tanto había que ayudar a sostener al plan, que tenía como una de sus premisas centrales la equivalencia de un peso argentino con un dólar estadounidense. Este plan había tenido la virtud de sacar de la agenda pública la pregunta sobre la devaluación de la moneda. Incluso cuando el realizador del plan, el ministro de Economía Domingo Cavallo, sugería modificar de alguna forma esa convertibilidad, era criticado por muy diversos sectores (Ruiz, 2005).

La discusión sobre devaluación, tipo de cambio, o cualquier alteración sustancial del plan de convertibilidad, se convirtió en un tabú en los grandes medios, en la misma medida en que la crisis se acentuaba. No se podía instalar ese tema en la agenda, pues su misma discusión pública contribuía a debilitar la estabilidad económica. Había que im-

pedir que los agentes económicos locales construyeran un horizonte de futuro en el que se contemplara la devaluación, pues esa misma construcción del horizonte podía forzar esa devaluación.

Una de las primeras señales de esa restauración fue posiblemente la cobertura del llamado 'blindaje', un acuerdo económico internacional realizado por el Gobierno de De la Rúa en diciembre del año 2000, que aparecía como una tabla de salvación frente al derrumbe que estaba sufriendo la economía argentina. Antes que eso, la denuncia de unos sobornos en el Senado donde estarían involucrados, por lo menos, ministros del Gobierno, había conmocionado el sistema. Los grandes medios fueron perdiendo su energía investigativa en la medida en que ese caso parecía crecer en su infección institucional. Por otro lado, a medida que el gobierno de De la Rúa se iba debilitando varios de los principales medios intentaban rebajar en algún grado la creciente protesta social, que era la contracara más explosiva de la caída económica (Zukernik, 2002:119-135).

Retorno del periodismo de seguridad democrática, 2001-2006

El cuidado que los grandes medios pusieron en evitar la degradación de las expectativas económicas no impidió que en diciembre del 2001, el país sufriera una enorme crisis que derrumbó el gobierno en una situación de enorme caos social, saqueos a supermercados, retención de los depósitos bancarios y feroz represión policial. En esos inciertos días, los procesos de sucesión presidencial fueron alumbrando presidentes fugaces, hasta que finalmente el dirigente peronista del Gran Buenos Aires, Eduardo Duhalde, quedó al frente del gobierno nacional.

La resurrección del problema de la gobernabilidad resucitó a su vez el periodismo de seguridad democrática. Otra vez, como en 1984, se pensaba que tirar piedras demasiado certeras al gobierno podría tumbar la convivencia pacífica. La situación política era muy inestable y habían crecido notablemente las protestas sociales. Duhalde y su aparato de poder peronista aparecían como el único sector que tenía la posibilidad de controlar el escenario, y finalmente esa presunción fue acertada dado que ese grupo recondujo en dos años el sistema político hacia aguas más tranquilas.

La cobertura periodística de la crisis del 2001 y sus coletazos durante el 2002 fue en general poco exhaustiva (Zukernik, 2002: 27). Duhalde y su grupo de dirigentes políticos afines de los suburbios de la ciudad de Buenos Aires habían sido uno de los símbolos de la corrupción durante la década del noventa. Sus formas de hacer política y su manejo de grandes fondos sociales y de infraestructura fueron muchas veces asociadas a la corrupción. Sin embargo, cuando ese grupo llegó al poder nacional, esos temas fueron poco cubiertos por los grandes medios.

Habría dos causas que podrían explicar esta contención informativa. En primera lugar, la seguridad democrática. Los editores y gerentes de noticias podían percibir la fragilidad del gobierno. La posible irrupción de un caos social más generalizado todavía era posible. Tras los asesinatos por parte de policías de dos militantes políticos en una protesta a mediados del 2002, el horizonte próximo de la sociedad argentina era negro. Frente al gobierno de Duhalde, no se veía otro líder o sector capaz de asegurar la gobernabilidad nacional. Por ello, la gran prensa no quería ser un factor adicional de convulsión social.

Una segunda razón tiene que ver con la precaria situación económica en que quedaron los principales medios argentinos tras la brutal devaluación de fines del 2001. Sus deudas en dólares se multiplicaron rápidamente y sus ingresos se mantuvieron en dinero local. Muchos de ellos estaban técnicamente quebrados. En ese contexto, el gobierno podía ser un factor de ayuda y sostenimiento de los medios. Esa debilidad económica, también debilitaba lógicamente sus líneas editoriales (Rodríguez Diez, 2003).

En marzo del 2003 se convocaron nuevamente elecciones presidenciales donde venció el dirigente peronista Néstor Kirchner, quien había sido el candidato elegido por el presidente Duhalde. El gobierno de Kirchner también disfrutó, en su mayor parte, de este periodismo de seguridad democrática.

El nuevo presidente era especialmente débil cuando asumió. Era poco conocido por la ciudadanía y su elección había sido muy dependiente de la influencia de Duhalde. Al mismo tiempo, se mantenían latentes las posibilidades de repetir algún tipo de coletazo de la crisis del 2001. Era entonces un presidente frágil frente a una situación to-

avía muy difícil. Otra vez el periodismo que debía conceder una “luna de miel” extensa a las autoridades nacionales. También se mantenía la precariedad económica en los medios de comunicación, aunque ya en menor medida que en el año anterior. Y se agregó además una tercera razón para conceder al presidente Kirchner un trato informativo cuidadoso: su discurso público se ubicó en el casillero ideológico del centro-izquierda que suelen ser las coordenadas políticas más frecuentadas por los periodistas, de acuerdo a las encuestas locales e internacionales.

Esas tres razones (governabilidad, dependencia económica de los medios y afinidad ideológica) hicieron que el periodismo no quisiera convertirse en un actor que generase convulsiones adicionales al gobierno. Una vez más, la responsabilidad profesional tenía que ver con silenciar, evitar hacer determinadas preguntas o desestimar iniciativas de jóvenes periodistas de las redacciones que querían profundizar temas sensibles.

6. Retorno del periodismo de cuarto poder (2006- ?)

Las razones originales para que ese periodismo de seguridad democrática se mantuviera con el presidente Kirchner se fueron diluyendo en la medida en que su gestión avanzó con notable éxito político.

En primer lugar, dejó de ser un presidente frágil. Fue muy eficaz en pasar de ser un eslabón débil del régimen político a construir una situación de hegemonía política, donde él era el centro. De a poco, el periodismo fue dejando de temer que un destape periodístico sumergiera al país en la ingovernabilidad.

En segundo lugar, un crecimiento económico sostenido y creciente durante su mandato presidencial hizo que los medios de comunicación pudieran recomponer sus balances y mejorar –en algunos casos notablemente– sus resultados. Al no ser ya tan débiles desde el punto de vista económico, los medios podían gozar de mayor autonomía frente al gobierno y promover una agenda más crítica y un contenido informativo más hostil.

Por último, para gran parte de la profesión periodística, el discurso de centro-izquierda gubernamental pareció mostrar contradicciones

con la práctica real de gobierno y de gestión política de Kirchner, por lo que muchos periodistas ideológicamente afines comenzaron a manifestar cierto desencanto.

Esas razones fueron disolviendo gradualmente ese periodismo de seguridad democrática, y empezó a despuntar un nuevo periodismo de cuarto poder, como el que existió durante la década menemista. La revelación del caso de corrupción Skanska, en diciembre del 2006, fue un buen símbolo del comienzo de ese periodismo. Otra vez fue una publicación que quería instalarse en el mercado y no un medio tradicional –el periódico *Perfil*– la que impulsó la investigación sobre este caso. Como ocurrió en el Swiftgate de Horacio Verbitsky en 1991, los medios tradicionales fueron lentos para incorporarse a la cobertura pero finalmente lo fueron haciendo (Diario sobre diarios, 2007). Durante el 2007 fue creciendo la cobertura de casos de corrupción que involucraban a funcionarios de gobierno hasta que se produjo el estallido del caso Antonini Wilson que tiene un potencial de investigación periodística enorme. Durante todo el 2007, los grandes medios gráficos han participado de estas investigaciones e incluso han realizado investigaciones propias.

El nuevo gobierno de Cristina Kirchner, que asumió en diciembre del 2007, se inaugura entonces con un periodismo menos contenido, que ha vuelto a abandonar el “supimos callar” y que está más dispuesto a avanzar en aquellos temas que al gobierno más le pueden afectar.

Reflexiones finales

La historia del periodismo argentino del siglo XX y XXI parece haber sido la historia de la administración de las noticias sensibles al poder. Pero no solo en nuestro país, o en otras democracias de baja calidad, la relación entre el periodismo y el régimen político tiene esas oscilaciones. También ocurre en democracias de bastante mayor calidad. Las relaciones entre el periodismo y los otros factores de poder son siempre muy fluidas y están repletas de equilibrios inestables y de ajustes constantes entre los diversos actores.

Como ya dijimos, y creemos que ha quedado expuesto, un régimen político es también una constelación de valores, misiones y actores en

movimiento, por lo que su constante cambio va produciendo nuevos equilibrios. En el caso del periodismo como actor político, en la medida en que en una etapa determinada la profesión comienza a percibirse como un factor de cambio político y/o social su activismo crece y, de esa forma, su agenda se hace más autónoma y más crítica de otros actores políticos. En cambio, en otras etapas, los editores más importantes se dedican a la tarea de preservar, sostener, mantener, reducir daños, y evitan potenciar demandas que pueden aumentar peligrosamente la ingobernabilidad democrática, o la propia continuidad de la empresa informativa.

En definitiva, la defensa de la democracia no es una opinión política de los periodistas, a la cual no necesariamente estén obligados. Es un legítimo y necesario mandato profesional. Esto es así pues toda profesión tiene como responsabilidad principal hacer lo posible para mantener las condiciones en las cuáles es posible desarrollarse como profesional, y un periodista fuera del contexto democrático no tiene desarrollo profesional posible. Del mismo modo que el principal mandato biológico de un pez es mantener el agua en buen estado. Por lo tanto, creemos que la administración y edición de las noticias con un criterio de seguridad democrática es una razón profesional legítima y no una mala praxis. Este no ha sido el factor que explica toda la actuación del gran periodismo en nuestros cinco lustros de democracia, pero ha sido un factor importante.

Referencias

- Aucoin, J. (1995). The Re-emergence of American Investigative Journalism 1960-1975, *Journalism History* 21 (1) 3-15.
- Barros, C. (1997). Retrato del periodista argentino promedio, en Fraga, Rosendo (comp), *Autopercepción del periodismo en la Argentina*, Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Cook, T. (1997). *Governing With the News: The News Media as a Political Institution*, Chicago: The Chicago University Press.
- Diario sobre diarios (2007). La corrupción del último año. Recuperado en febrero 20, de 2008 de, http://www.diariosobrediarios.com.ar/dsd/diarios/zona_dura/22-11-2007.htm.

- Fildueira, C., Nohlen, D. (comp.) (1994). *Prensa y transición democrática. Experiencias recientes en Europa y América Latina*, Madrid: Iberoamericana.
- Fundesco, Informe (1996). *La preagenda de los medios, expresión de la matriz mercantil de la comunicación*. Madrid.
- Gramsci, A. (1984). *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Haberlas, J. (2005). *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: Gustavo Pili.
- Halperin, J. (2007). *Noticias del poder*, Buenos Aires: Editorial Aguilar.
- Mangone, C. (1996). Dictadura, cultura y medios: dime cómo fue la transición y te diré cómo será la democracia, *Causas y Azares*, n. 4.
- Micceli, W. (1999). *¿Qué es noticia en los diarios nacionales? Contexto de construcción y legitimación*, La Plata: GITEPP.
- Rodríguez, A. (2003). *Historia secreta. Devaluación y pesificación*, Buenos Aires: Bifronte Editores.
- Ruiz, F. (1998). Régimen político, espacio público y periodismo gráfico en Buenos Aires, 1955-1971, *Revista Colección*, IV (8) 235-254.
- Ruiz, F. (1999). Vida y muerte del diario Perfil, *Cuadernos de Información*, Universidad Católica de Santiago de Chile, 13, 1999.
- Ruiz, F. (2001). *Las palabras son acciones. Historia política y profesional del diario La Opinión de Jacobo Timerman, 1971-1977*, Buenos Aires: Perfil Libros.
- Ruiz, F. (2003). Entre el periodismo de seguridad nacional y el periodismo de liberación: el caso de La Opinión de Buenos Aires, 1971-1977, *Trampas de la Comunicación y la cultura*, 2, (15) 37-53.
- Ruiz, F. (2005). *El señor de los mercados. Ámbito Financiero, la City y el poder del periodismo económico*, Buenos Aires: El Ateneo.
- Schudson, M. (1978). *Discovering the news. A Social History of American Newspaper*, New York: Perseus Books.
- Schudson, M. (1998), *The Good Citizen. A History of American Civic Life*. New York: Free Press. 1998
- Sidicaro, R. (1993). *La política mirada desde arriba: Las ideas del diario La Nación, 1909-1989*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

- Sirven, P. (1988). *Quién te ha visto y quién TV. Historia informal de la televisión argentina*, Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Ulanovsky, C. (1995). *Días de radio. Historia de la radio argentina*, Buenos Aires: Espasa Calpe.
- Ulanovsky, C. (1997). *Paren las rotativas: historia de los grandes diarios, revistas y periodistas argentinos*, Buenos Aires: Espasa.
- Ulanovsky, C., Sirven, P. (1999). *Estamos en el aire: Una historia de la televisión en la Argentina*, Buenos Aires: Planeta.
- Utpba (2002). *Conflicto social, censura y medios*, Observatorio político y social de Medios, Buenos Aires.
- Verbitsky, H. (1991). *Robo para la corona: los frutos prohibidos del árbol de la corrupción*, Buenos Aires: Planeta.
- Verbitsky, H. (1997). *Un mundo sin periodistas: las tortuosas relaciones de Menem con la prensa, la ley y la verdad*, Buenos Aires: Planeta.
- Waisbord, S. (1995). *El gran desfile. Campañas electorales y medios de comunicación en la Argentina*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Waisbord, S. (1996). Investigative journalism and political accountability in South American democracies, *Critical Studies in Mass Communication*, 13.
- Waisbord, S., Ruiz, F. (2004). De la era de las dictaduras a la era de las democracias (en América Latina), 1975-2003, En: Barrera del Barrio, Carlos (coord.), *Historia del periodismo universal*, Barcelona: Ariel.
- Wiñazki, M. (2004). *La noticia deseada*, Buenos Aires: Ediciones Marea.
- Zukernik, E. (2002). *Periodismo y elecciones*, Buenos Aires: Fundación Adenauer/La Crujía.